

*De aquellos  
polvos,  
estos lodos*



*Laura  
Martín*



Covadonga es una chica joven, alegre y desinhibida cuya única ambición es disfrutar de la vida al máximo. Por eso, cuando decide ir a pasar sus vacaciones de verano al pueblo con su madre, lo hace con la convicción de que será un julio aburrido. Aunque pronto comprende que, en su casa –como en todas–, se cuecen habas, pero a calderadas.

Secretos, mentiras, infidelidades y algún que otro muerto pondrán la guinda a un estío que no será en absoluto como esperaba.

Para los que no juzgan ni calumnian,  
para los que viven y dejan vivir.

“En cualquier momento de indecisión lo mejor  
es hacer lo correcto,  
luego lo incorrecto, y lo peor es no hacer nada”.

Theodore Roosevelt

## Prólogo

A pesar de que el corazón amenazaba con abrirle el pecho y saltar de su cuerpo, la mujer ya tenía muy claro lo que tenía que hacer. Había repasado en su mente, paso por paso, la secuencia de un acto que debía ser limpio y rápido. Aunque no era lo mismo hacerlo que pensarlo, como casi todo en la vida.

Lo más difícil estaba conseguido: convencer a su víctima –triste y necesaria denominación para alguien que había sido tanto en su vida– de acompañarla a aquel lugar. Para ello había tenido que engatusarla, entrar en un juego peligroso en el que, en un abrir y cerrar de ojos, podría haberse convertido en el cazador cazado. Había sido complicado tragarse todos sus sentimientos, relegarlos a esa parte de su mente en la que se imaginaba a sí misma como una justiciera, como si su futuro –y el del resto de la humanidad, o al menos de la humanidad de aquel pueblo – dependiera de esa acción de fatal desenlace.

Después ya lidiaría con su conciencia, no era ninguna desalmada. Poseía un sentido de la moralidad recio que le indicaba que, después de aquello, había mucho que expiar a golpe de buenas acciones.

–Qué asco de ventana, no se sabe si lo que hay ahí fuera es una montaña o un patio de luces. Deberíamos limpiarla, ¿no crees? –sugirió con fingida inocencia.

Al principio la víctima se extrañó, no le encajaba tal sugerencia viniendo de quien venía. No obstante, su vena de ama de casa no podía consentir tener esos cristales de aquella manera. Así que, sin demasiada dilación, se puso manos a la obra reuniendo el material necesario; afanosa

en su quehacer, exhaustiva hasta rayar lo enfermizo. Primero pensó en ocuparse de la cristalera de abajo –que casi llegaba al suelo–: un portal a una dimensión paradisíaca, un mirador digno de novela de las *Highlands* que lucía ahora opaco e impedía admirar las vistas. Pero tenía un gran inconveniente: para alcanzar todas las esquinas debía sacar parte de su cuerpo y doblarse bien por la cintura sobre la ventana.

En un momento inicial dudó, como si sospechara de las intenciones de su acompañante. Aunque pronto desechó la idea al pensar en la incapacidad de la susodicha para hacer tal cosa. Con lentitud –que ya no tenía edad para andarse con prisas– se colocó en la posición más apta que le permitiera dejar un ventanal impecable.

En ese instante de vulnerabilidad, en el que estaba inclinada más de lo necesario para llegar bien a la parte inferior (su máxima era el perfeccionismo), fue cuando la otra mujer aprovechó para cogerle los pies y empujarla hacia afuera. Fácil.

La asesina esperó unos segundos, con el corazón latiendo –supuso– a la misma velocidad que la víctima se precipitaba al vacío. Después se asomó para comprobar cómo la mujer, a lo lejos, yacía desparramada en plena montaña. Ahora solo le quedaba una cosa por hacer: gritar.

## Capítulo 1

# Ningún jorobado ve su joroba

Sé que no tengo justificación, que pensarás que soy una persona horrible, pero por favor: permíteme contar todo, hasta el final; y después júzgame, no antes.

Recuerda que no hay nadie perfecto, que todos tenemos nuestros pequeños y oscuros secretos, que tropezamos en las piedras y eso no nos impide volver a caer, como si tuviéramos cierto gusto por la caída. Seguro que tú, tan digno ahora desde el sofá de tu casa, con la conciencia tranquila (o no), sueles hacer cosas reprochables y aun así sigues en tu empeño, porque tal vez esa pequeña transgresión te produce un placer indescriptible (piensa, seguro que algo hay: ¿le robas internet al vecino de abajo?, ¿deseas a esa tentación que vive arriba?, ¿ansías en secreto que tu cuñado se atragante en la comida de los sábados?). Todos hacemos –o deseamos– cosas reprobables, somos humanos. Piensa en todo esto cuando leas lo peor de mí y tal vez logres entenderme.

Todo ocurrió en el verano de 2019, aquel en el que decidí ir a pasar todo el mes de julio a mi pueblo (y digo todo con pesar porque soy urbanita hasta la médula). Aquellas fueron mis primeras vacaciones pagadas ya que, a finales del año anterior, había sacado una plaza como auxiliar administrativa en un centro de servicios sociales.

Te preguntarás cómo, siendo una persona con ingresos fijos (y joven y guapa, que todo hay que decirlo), no me fui a otro destino más atrayente que un pueblo de

unos cuarenta habitantes perdido en la montaña. En fin, la decisión fue tomada en base a mi madre, viuda desde hacía pocos meses, la cual me preocupaba estuviera perdiendo el norte. No creas que soy tan buena hija, también estaba Jonás... Pero de él ya hablaré más adelante.

El desencadenante del ocaso de nuestra familia fue el deceso de mi padre, que murió de una afección pulmonar que arrastraba hacía años consecuencia de su profesión: minero. Para mí fue algo esperado desde hacía tiempo, así que no me pilló por sorpresa (llevaba preparando su pérdida desde la adolescencia). Diferente fue la actitud de mi madre, mujer de antiguas creencias y dependiente de su marido, la cual se tomó de una manera poco estoica su muerte. Nunca he visto blasfemar tanto a mi santa madre; pero bueno, todos tenemos derecho a desbarrar de vez en cuando.

Y allí llegaba yo, con mi "DeLorean" (nombre digno para un Renault Clio de nueve años), cogiendo la última curva del pueblo mientras tocaba el claxon con fuerza (no fuera a ser que alguien saliera del pueblo con las mismas ganas con las que yo entraba) para anunciar a todos los vecinos la llegada de la hija pródiga. La gente se asomó a las ventanas, algunos incluso saludaron desde sus puertas; todo un acontecimiento para un pueblo que se repoblaba en verano a cuentagotas.

Cuando aparqué en el camino me extrañó que mi madre no saliera a saludarme, pues siempre me esperaba sentadita en el banco del porche ataviada con sus mejores galas, casi como si estuviera esperando al amor de su vida.

–Hola, Covi, ¿vienes a pasar unos días al pueblo? –preguntó Virtudes apenas me apeé del coche.

A *priori* aquella pregunta podía parecer inocente (no te dejes engañar). Años de entrenamiento en conversaciones malintencionadas me decían que insinuaba lo mala hija que era al dejar sola a mi madre después de la muerte

de mi padre. El que tuviera un trabajo y una vida fuera de allí no era justificación para ese tipo de persona. Además, qué casualidad que saliera a tender la ropa justo en ese momento, ¿no?

—Sí, he venido a pasar las vacaciones —contesté al tiempo que sacaba una de las maletas del coche mientras pensaba que, a esas alturas, mi madre ya tendría que haberme oído; y preguntándome, también, por qué carajo no salía a ayudar a descargar el resto del equipaje.

—El viernes vendrán Toni e Irene, en cuanto acaben los exámenes —dijo ella con la cara hinchida de orgullo y dejando constancia de que sus universitarios y aplicados retoños siempre pasaban las vacaciones allí, con la familia.

—Genial —dije sin entusiasmo a la vez que arrastraba la maleta y sorteaba las cagarrutas de animales.

Abrí la portezuela que daba paso a nuestra parcela y pasé de largo la entrada principal —que partía del porche donde debería haber estado mi progenitora— dirigiéndome a la de la cocina, en la parte trasera de la casa, pues mi madre era muy suya y la principal era solo para ocasiones especiales: que fuera el Rey a tomar el vermut, por ejemplo. Mi mano se dirigió por inercia a la cerradura, ya que por el día siempre dejaba las llaves puestas para no quedarse encerrada en el exterior: no estaban.

Aporreé la puerta indignada y preocupada por igual. No es que el viaje hubiera sido largo —apenas una hora de trayecto—, pero venía con la vejiga a reventar y un hambre de mil demonios, por lo que encontrarme ese nulo recibimiento no ayudó demasiado.

Sentí el sonido de las llaves al girar y observé cómo la puerta se abría despacio hasta dejar entrever la cabeza de mi madre, la cual comprobaba quién había perturbado su —por lo visto— estado contemplativo.

—¡Mamá! ¿Qué narices te pasa? ¿No te acordabas que llegaba hoy? —pregunté más alto de lo que pretendía.

–Uy, Covi; se me fue de la cabeza, pasa hija –dijo a la vez que abría la puerta del todo.

Dejé que me abrazara con un cabreo monumental: cinco minutos en el pueblo y ya me habían llamado Covi dos veces, lo odiaba. La verdad es que mis vacaciones no empezaban con muy buen pie (y todavía no has visto nada).

Un olor a carne guisada hizo que mi estómago hiciera un ruido parecido al rugido de un león.

–Hambre que espera hartura, no es hambre pura –dijo más animada–. Ponte cómoda y comemos.

Cogió mi equipaje y subió los dos peldaños que había desde la acera hasta la cocina; cuando se dispuso a salir al pasillo la detuve (la maleta era mayor que ella). La casa tenía dos plantas y las habitaciones estaban arriba, demasiadas escaleras para mi endeble madre. Subí vaticinando unos días difíciles, menos mal que siempre me quedaría Jonás...

La comida transcurrió sin altercados ni cosas raras. Carmi-na volvió a ser la de siempre, no esa mujer de rostro cauteloso que me había abierto la puerta como si temiera que el hombre del saco fuera en su busca. El espíritu maternal se despertó en ella y, apenas acabó de recoger los platos, se puso a preparar masa para hacer suspiros. La fuerza de la costumbre es poderosa.

Salí al coche a por el resto de mis bártulos: el neceser gigante y el ordenador portátil ya que –aunque una se fuera a un pueblo remoto a conectarse con la naturaleza– había que mantener una reputación en las redes sociales (coincidirás en que lo importante no es vivirlo, sino contarlo).

Al girar hacia el camino en el que estaba aparcado mi coche vi la silueta de un muchacho caminar hacia mí. Mi estómago se contrajo y me subió un escalofrío por la boca del estómago. Ya sabes, esa sensación que te da cuando

ves a esa persona por la que suspiras, por la que harías cualquier cosa con tal de que te prestara un mínimo de atención.

–Hola, Jonás –dije, o más bien ronroneé y saqué pecho, que al final todos hacemos cosas involuntarias a la hora del cortejo.

–Hola, Cova. ¿Has visto a mi madre? –preguntó con cara de preocupación y sin rastro de seducción en la mirada.

Me desinflé, me sentí como un pavo real replegando las alas. Una no se espera que el amor de su vida (o uno de ellos) te pregunte por su madre la primera vez que lo ves un mes después de una noche muy tórrida en su casa de estudiante.

–La verdad es que hace apenas dos horas que llegué. ¿Por qué? –pregunté intentando ocultar mi decepción.

–Porque he vuelto de hacer unos recados en Belmonte y no está en casa. Y eso que hoy tenía día libre en la gasolinera e íbamos a comer juntos. –Se encogió de hombros y me miró a los ojos sosteniendo unos segundos la mirada, en la que reconocí (o quise reconocer) un punto de deseo. Pero bajó la vista al suelo con rapidez, casi como si se avergonzara–. Voy a seguir preguntando por ahí a ver si da señales de vida.

–Jonás –le llamé cuando ya se había alejado unos metros. El chico se dio la vuelta y yo me quedé sin palabras; la verdad es que su nombre había salido de mis labios sin haberlo pretendido–. Si necesitas cualquier cosa ya sabes dónde estoy.

Hizo un amago de sonrisa y se fue, dejándome más confusa de lo que ya estaba. Antes de proseguir con mi historia te voy a poner en antecedentes. Conocía a Jonás de toda la vida. Los niños del pueblo pasábamos los veranos juntos, pues por allí tampoco había –ni hay– nada más que hacer que relacionarnos los unos con los otros. Él siempre estuvo colado por mí, se le notaba, aunque yo nunca le vi de esa manera. Le sentía como un buen amigo,

tímido y solícito, el chico que vivía detrás de casa y que siempre estaba disponible cuando lo silbaba. Éramos uña y carne, y sus sentimientos hacia mí tampoco pasaban desapercibidos hacia el resto de los amigos, que se entretenían burlándose de él cuando creían que yo no me enteraba.

El caso es que yo era una niña muy mona –no es por presumir– y no era el único que suspiraba por mí, cosa que me divertía sobremanera. A pesar de que sufrí en mis carnes el ser pelirroja (zanahoria, Pipi Calzaslargas...) sabía que esa peculiaridad era lo que atraía a los chicos y envidiaban las chicas. Pero yo estaba por encima de esos “guajes” de pueblo: me creía cosmopolita solo porque estudiaba en Gijón y, de vez en cuando –los pocos fines de semana que mis padres no me iban a buscar–, mi tía María me llevaba a pasar el día a Oviedo (si conoceré yo diferentes culturas...).

Sintetizando: Jonás estaba enamorado hasta los tuétanos y yo –que ya de pequeña era manipuladora– lo manejaba a mi antojo. Pero, paradojas de la vida, a medida que fuimos creciendo, mi amigo fue perdiendo la apariencia de niño asustadizo que se escondía tras sus gafas de pasta para dar paso a un joven alto, de complexión atlética, moreno y de ojos oscuros y penetrantes, parco en palabras (eso sí lo conservó) y que despertaba pasiones en las jovencuelas; por lo que una servidora fue quedando relegada a un segundo plano: de amiga inseparable fui pasando a amiga y, después, a simple vecina. Y claro, ya sabes como de caprichoso es el ser humano: basta con saber que algo que siempre estuvo a tu alcance se va alejando hasta pasear de la mano de esa niñata tetona de padres ricos para deseirlo más que nunca.

De ahí que descartara veranear en el pueblo, que tan solo me dejara caer algún día entre semana; porque todo el protagonismo que siempre tuve me fue arrebatado, cada año, por una fulana distinta. Humillante.

Pero el destino es igual de caprichoso que yo y se ocupó de juntarnos en una fiesta universitaria en Oviedo. Cómo acabó ya te lo he dicho antes...

## Capítulo 2

# Cuando las barbas de tu vecino veas cortar, pon las tuyas a remojar

Si hubiera podido adivinar lo que el verano me depararía, hubiera escogido un viaje a las Maldivas para desterrarme de por vida. Si el primer día en el pueblo había sido decepcionante, el segundo lo superó por surrealista. Nunca imaginé que en el pueblo –para mí un mundo aparte, perdido y lejano, del que el resto del planeta no tenía constancia– estaría la Guardia Civil realizando una investigación: de ahí podía salir cualquier cosa. Lo primero que pensé fue que si no a Trini –tenía claro entonces que se había fugado de un lugar que siempre la trató como la solterona casquivana que había tenido un hijo en pecado –, lo que podían encontrar era la plantación de marihuana que tenía el vecino *hippie* del pueblo, o tal vez descubrirían que el bar situado a la salida no estaba dentro de la legalidad...

Todos los vecinos miraban desde sus casas los movimientos de los investigadores; algunos de forma abierta desde sus puertas, otros –la mayoría– desde la privacidad de sus ventanas.

Y allí estaba yo, en la cocina ante una taza de café, observando cómo mi madre era sometida a un interrogatorio por dos guardias civiles (bastante atractivos, por cierto).

–La última vez que la vi vino a pedirme unos huevos –confesó con cara de indefensión.

–Y eso fue ayer, ¿verdad? –preguntó uno de ellos, el más bajo de los dos. Me pregunté cuál sería la medida para Guardia Civil...

–Creo que sí –titubeó mi madre mirando hacia arriba (no porque ella fuera más baja, sino porque estaba sentada y el de la Benemérita de pie).

–¿Cree que sí? Estamos hablando de ayer, no de hace una semana –intervino el alto (por decir algo, el otro era tan bajito).

–Sí, sí, ayer alrededor de las doce.

El alto apuntó algo en una libreta y miró a su compañero con aires de sospecha.

–Y ¿no le dijo adónde iba? –preguntó el bajo otra vez.

–Yo que sé, iría a hacer una tortilla –dijo mi madre con una pizca de chulería.

–Si recuerda algo más, por favor, llámenos. –El alto enfiló el camino hacia la puerta y el otro le siguió. Si el uniforme hubiera sido de torero habrían dado la medida para el Dúo Sacapuntas.

Miré hacia mi madre y me preocupé por verla encogida sobre sí misma; amén de que el hecho de que no se levantara a proseguir con sus quehaceres me resultó inquietante.

–¿Estás bien? –Le puse mis manos sobre las suyas, que estaban reposando sobre la mesa. Levantó la vista y su expresión cambió, como si un resorte hubiera activado a la Carmina de siempre.

–Claro hija, qué cosas tienes –dijo deshaciendo el contacto de mis manos y levantándose con decisión.

Me quedé un poco chafada, algo dentro de mí intuía que allí había gato encerrado. Mi madre estaba muy rara, y me pregunté si se habría callado cosas importantes.

Pero, para quien no me conozca, no soy mujer de dar muchas vueltas a las cosas (practicidad ante todo), así que me levanté con garbo decidida a aprovechar la oportunidad –Dios me perdone– que el destino me había brinda-